

que es la parroquia del lugar, se descubren las lomas de Zacatepec. Entre ellas y la poblacion se encuentra un rio de doscientas varas de caja que, aunque es rápida y abundante su corriente, se ciñe á un canal que no excede de quince varas. La fortificacion estaba hecha con notable acierto, formando un recinto de las dos plazas y los dos conventos, rodeados de fosos, sólidos parapetos, merlones y baterías que contenian treinta piezas de artillería de diversos calibres (1).

Al mismo tiempo que se ocupaba Morelos en poner la poblacion en un estado imponente de defensa, dictó órdenes para que fuesen á reunírsele todas las tropas que tenia situadas en diversos puntos de las cercanías. Las fuerzas que llegó á reunir al presentarse Calleja enfrente de Cuautla, consistian en los tres mil hombres que él mismo habia conducido desde Tenancingo, mil de los cuales eran de infantería y los otros dos mil de caballería, aunque tambien hacian el servicio á pié, enviando á pastar los caballos fuera del pueblo; en trescientos jinetes de la demarcacion de Huetamo, á cuyo frente se hallaban el teniente coronel Cano y D. Francisco Ayala, y en mil indios de los pueblecitos comarcanos. El número de fuerzas con que contaba, como se ve, para resistir el primer ataque, ascendian á cuatro mil trescientos. A ellas se agregaron, durante el sitio, cuatrocientos

(1) Parte de Calleja dado el mismo dia de la accion, que no llegó á publicarse entonces, pero que se halla en el expediente de sus campañas y en la obra que con ese título escribió D. Carlos María de Bustamante. Morelos dice en sus declaraciones que tenia quince cañones y una culebrina.

hombres de infantería con tres cañones, que condujo D. Miguel Bravo; trescientos que llevó Anaya, pues á esa cifra quedaron reducidos, por la desercion, los setecientos que le enviaba la Junta; otros trescientos que el cura Tapia llevó de Chautla, en vez de mil que esperaba Morelos, y doscientos cincuenta que fueron de Yautepec. Los cuatrocientos hombres que condujo Don Miguel Bravo y los trescientos del cura Tapia, permanecieron durante el sitio fuera de la poblacion. El total de las fuerzas reunidas en Cuautla durante el sitio era, pues, de cinco mil quinientos cincuenta hombres, de 1812. los cuales cuatro mil ochocientos cincuenta Febrero. formaban la guarnicion, y setecientos los que estaban en observacion de los movimientos de los sitiadores. Calleja, exagerando el número de contrarios, les hace subir en sus partes á doce mil, al paso que los adictos á la causa de los independientes disminuian la cifra hasta dejarla reducida á mil. Siempre, en todos los países y en todos los partidos, se observa el mismo sistema de exagerar el número de combatientes del contrario, despues de una batalla, y de disminuir el de las tropas de su comunion política. Por eso, no aceptando la cifra que pone Calleja, ni la que suponian los adictos á la revolucion, he partido de lo que manifestó el mismo Morelos en las declaraciones de su causa, que tiene que ser lo exacto (1).

(1) Don Carlos María de Bustamante, en la página 169 de su obra *Campañas de Calleja*, dice que la fuerza de Morelos no excedia de mil hombres. Que se equivocó en el número, se ve por la declaracion, como he dicho, de More-



1812. El general realista D. Félix Calleja salió el 18 de Febrero de su campo de Pasulco (1), que, como he dicho, distaba dos leguas de Cuautla. Inmediatamente emprendió el reconocimiento militar al rededor de la plaza, buscando el sitio mas oportuno para atacarla. Seis leguas anduvo para recorrer todos los puntos próximos, y no encontrando uno que le proporcionase ventajas para emprender el ataque, formó su campamento á media legua de Cuautla, en la loma de Cuautlixco. Para inquietarle en su posicion, Morelos salió de la plaza con la fuerza de caballería, con intento de atacarle por la retaguardia; pero acometida por la de Calleja, no pudieron sus soldados resistir el empuje de los realistas, y al fin huyeron en desórden con bastantes pérdidas, y aun el mismo Morelos, que llevado de su valor se habia adelantado demasiado, estuvo en grave riesgo de ser cortado y caer prisionero. Fracasada la tentativa, Morelos, resuelto á no dejar descansar á sus contrarios, regresó con su gente á Cuautla (2). Algunos fueron hechos prisioneros en la retirada, y entre ellos se encontraba un

los, que sin duda debia saber la fuerza que tenia á sus órdenes. Los cuatrocientos hombres que llevó D. Miguel Bravo y los trescientos del cura Tapia no deben entrar en el número de la guarnicion, pues aunque se hallaban en observacion de las tropas realistas, permanecieron fuera de la plaza.

(1) El campo de Pasulco es conocido tambien con el nombre de el Guamuchilar de Casasano, por hallarse en un bosque cuyos árboles se llaman guamuchilas, perteneciente á aquella hacienda.

(2) Cuautla es palabra india, perteneciente al antiguo idioma azteca ó mejicano, y significa «ciudad del águila», pues *quauh* en el expresado idioma quiere decir «águila». Así la antigua ciudad de *Quahuahuac*, que los españoles, para facilitar su pronunciacion, llamaron Cuernavaca, con cuyo nombre es actualmente conocida, significa «águila coronada».

andaluz, á quien llamaban «el compadre curro», que acompañaba á Morelos, que gustaba mucho de sus chistes, y que cayó herido defendiéndose. Conducido al campamento realista, fué fusilado y colgado de un árbol. Calleja se propuso dar al dia siguiente el asalto á la plaza. Siendo de corto calibre la artillería que habia llevado para destruir las trincheras y del todo inútil para el caso la caballería en que existia su mayor fuerza numérica, resolvió acometer con los cuerpos que tenia de infantería. Eran éstos cuatro: Granaderos, Corona, Guanajuato y Patriotas de San Luis. Con efecto; el dia 19 formó cuatro columnas, una de cada uno de ellos, y dadas las instrucciones necesarias á los jefes que iban á la cabeza, se emprendió el movimiento. Morelos entretanto se habia preparado á la defensa. Conociendo el valor de D. Hermenegildo Galiana, le encargó del punto mas peligroso, que era el de San Diego; el de Santo Domingo lo confió á D. Leonardo Bravo, y el cura Matamoros y D. Víctor Bravo se hallaban en la hacienda de Buenavista. Las tropas realistas se dirigieron al asalto. La columna de granaderos, arrojándose á las cercas del camino, se aproximaron á la trinchera de San Diego y la atacaron de repente con extraordinario brío. Los defensores recibieron á sus contrarios con serenidad, y pronto se trabó una lucha sangrienta. D. Hermenegildo Galiana, acudiendo á los puntos de mayor peligro, mató con su propia mano al capitán realista Sagarra, y los asaltantes se vieron precisados á retirarse con bastante pérdida. No se mostró en este ataque el coronel realista Jalon á la altura de la reputacion que habia adquirido en sus



anteriores hechos de armas: muy lejos de ello, dió muestras de flaqueza, por lo cual Calleja le suspendió del mando del cuerpo. El combate entre sitiadores y sitiados continuaba por todas partes con imponderable denuedo. Las dos columnas formadas por el cuerpo de patriotas de San Luis y el batallon de Guanajuato, á las órdenes este último del conde de Casa Rul, lateralmente á la trinchera de San Diego, lograron, horadando las casas, llegar hasta cerca de la plaza. Corrió entonces la voz de que las expresadas columnas se habian apoderado de San Diego, y

1812. al escucharla se introdujo la confusion y el  
Febrero. desórden entre los sitiados. D. Hermenegildo Galiana, obrando con energía y resolucion, hizo recobrar la serenidad á los soldados y lanzarse al combate. La lucha se hizo entonces tenaz y sangrienta. Los asaltantes redoblaban sus esfuerzos y repetian sus ataques para hacerse dueños del punto. En esa tenaz lucha cayeron mortalmente heridos el conde de Casa Rul, coronel del batallon de Guanajuato, el de los Patriotas de San Luis D. Juan Nepomuceno Oviedo, mejicanos ambos, que se habian distinguido por su valor desde el principio de la campaña. Oviedo tenia mas de setenta años y era extraordinariamente querido de sus soldados. Viendo Calleja expirantes á los dos valientes coroneles, y heridos y muertos á otros buenos oficiales, tuvo que retirarse, desistiendo del intento de apoderarse del punto á viva fuerza (1). Entre los soldados que asaltaron la trinchera de

(1) Parte de Calleja el mismo dia de la accion que, como he dicho, no se publicó entonces, y que se halla en el expediente de sus campañas.

San Diego y cayendo heridos en ella fueron hechos prisioneros, se hallaba un granadero no menos modesto que valiente. Morelos se esforzó en persuadirle á que siguiese su partido; pero habiéndose negado á ello resueltamente, fué pasado por las armas, y su cadáver fué conducido, de noche, puesto en una silla, á un sitio próximo al campamento realista, con el fin de que al dia siguiente lo recogiesen sus compañeros (1). La pérdida sufrida por el ejército de Calleja en esta accion ascendió, entre muertos y heridos, segun informe de Calleja al virey, á ciento setenta y tres hombres (2). Muy sentida fué, en general, la muerte del coronel de Casa Rul: su valor, su carácter franco y generoso, que casi rayaba en la prodigalidad, sus enlaces de familia, su afabilidad y su buen trato, le habian conquistado numerosos amigos. Su cadáver fué conducido á Méjico, y su esposa

1812. dispuso que le enterrasen en la iglesia del  
Febrero. colegio apostólico de San Fernando. No fué menos sensible para el ejército la muerte del coronel D. Juan Nepomuceno Oviedo. Era éste, como tengo ya referido, administrador de una hacienda de campo lla-

(1) Le colocaron arrimado á la pared de piedra que está á la derecha del camino real, entre Cuautlixco y el Calvario.

(2) Cuatro oficiales muertos y diez y seis heridos; quince soldados muertos y ciento treinta y ocho heridos, con tres extraviados. D. Carlos María de Bustamante, dice que en una carta escrita por Calleja al mariscal de campo Tornos, director de artillería, interceptada por Larios y entregada á Morelos, confesaba el jefe realista que las pérdidas que sufrió pasaron de cuatrocientos hombres; pero como no hay constancia de que esa carta haya existido y la comunicacion de Calleja al virey fué reservada, no hay motivo para dudar que lo dicho en ésta es la verdad, puesto que á Calleja le interesaba mas aumentar que disminuir sus pérdidas, á fin de conseguir los recursos que pedia.



mada Bocas, próxima á la ciudad de San Luis Potosí. El batallon de patriotas que mandaba, conocido con el nombre de «los Tamarindos», se componia, en su mayor parte, de criados ó dependientes de la expresada finca, á quienes trataba como á verdaderos amigos, motivo por el que le amaban y obedecian mas como á su amo que como á su jefe, dándole el nombre, no de coronel, sino de «el amo Oviedo», con que fué siempre conocido en el ejército. El coronel Jalon, á quien, como he dicho, suspendió del mando del cuerpo por no haberse portado con la bizarría debida al puesto que ocupaba, no volvió á figurar en ninguna cosa importante en el ejército, y no obstante el aprecio que siempre le habia manifestado el virey Venegas, siguió haciendo un papel muy secundario hasta que regresó á España. La pérdida que sufrieron las tropas de Morelos fué insignificante, pues aunque en la poblacion perecieron algunas personas, no fueron pertenecientes á los defensores, sino desgraciados vecinos que, encontrándose en las casas en que penetraban los asaltantes, sucumbieron víctimas del furor que se apodera del soldado en el combate (1).

La victoria alcanzada por Morelos en este primer ataque, llenó de justo orgullo á sus tropas y aumentó en ellas el entusiasmo que tenian por su caudillo. No se componian las fuerzas que defendian á Cuautla de masas

(1) Aunque fué, con efecto, insignificante la pérdida de los independientes, es de creerse que fuese algo mas que lo que dice D. Carlos María de Bustamante en el t. II, pág. 45 de su *Cuadro Histórico*, en que asienta que fueron dos hombres.

insubordinadas de indios como las que hasta entonces se habian presentado al frente de las tropas de Calleja, y de las cuales habian triunfado fácilmente. La gente que defendia á Cuautla era muy diversa de la que habia desbaratado en las campañas anteriores. Las tropas que acaudillaba Morelos estaban formadas de negros y mulatos de la costa, hombres fuertes, robustos, de energía, bien armados, diestros en el ejercicio del fusil, enorgullecidos por una série no interrumpida de victorias, subordinados á su general y mandados por jefes valientes, pundonorosos y de corazon, como los Bravo, Matamoros y Galiana, que eran los primeros en presentarse en el peligro.

1812. Bien conoció Calleja que la empresa acometida era mas difícil de lo que se habia imaginado, y que para darla feliz cima, como estaba resuelto á darla, era preciso adoptar otro plan que, con menos pérdidas, diese los resultados que se habia propuesto. Con objeto de conocer la opinion de los jefes de su ejército, celebró una junta en la noche siguiente al dia del ataque, á la cual asistieron todos. En ella opinaron, unánimemente, que era conveniente diferir el nuevo ataque que se diese á la poblacion hasta que se recibiesen de Méjico los medios indispensables para verificarlo con buen éxito. Participando Calleja de la misma opinion, y penetrado de la necesidad de apoderarse de Cuautla para mantener vivo el prestigio de la causa realista, expuso al virey que la plaza no era posible tomarla sino con mucha pérdida, y con infantería acostumbrada á los asaltos de fortificaciones, siempre imponentes y costosas en gente. Luego añadía: «Si Cuautla no quedase demolida como



Zitácuaro, el enemigo creeria haber hallado un medio seguro de sostenerse: multiplicaria sus fortificaciones en parajes convenientes, en las que reuniria el inmenso número que de temor se le separa, y desde las que interceptaria los caminos y destruiria los pueblos y haciendas; las pocas tropas con que contamos se aniquilarian y acaso se intimidarian, y la insurreccion, que se halla en su último término, cundiria rápidamente y tomaria un nuevo y vigoroso aspecto». No se encontraba la revolucion en el estado expirante que Calleja se imaginaba y próxima á su término; pero sí tenia razon en temer que los independientes adoptasen el sistema de defensa de puntos fortificados, que daria por resultado la prolongacion de la lucha, y que fué el que siguieron en el último período de la revolucion. «Para evitar estas consecuencias», le dice al virey, «Cuautla debe ser demolida, y si es posible, sepultados los facciosos en su recinto, y todos los efectos serán contrarios: nadie se atreverá en adelante á encerrarse en los pueblos, ni encontrarán otro medio para libertarse de la muerte que el de dejar las armas». Como para alcanzar los resultados que Calleja anhelaba, eran precisos medios mas poderosos de guerra que los que habia llevado consigo, pues no contaba con artillería de batir ni otros elementos indispensables para establecer un sitio, añadia: «Cuautla está situada, fortificada, guarnecida y defendida de un modo que no es empresa de pocas horas, de poca gente y de pocos auxilios: exige un sitio de seis ú ocho dias, con tropas suficientes para dirigir tres ataques y circunvalar un pueblo que aunque su recinto ocupa mas de dos le-

guas, puede reducirse á la tercera parte. Estas tropas necesitan acopios de subsistencias, forrajes, algunos morteros, artillería de mas calibre, un hospital de sangre en el mismo paraje en que lo están las provisiones y forrajes, y de quinientos á seiscientos trabajadores. Conozco que todo esto exige gastos, tiempo y mucho trabajo; pero los talentos políticos y militares de V. E. compararán las ventajas que producen, con los males que de no hacerlo, nos pueden resultar». Mientras esperaba la resolucion del virey, el general Calleja se situó con sus tropas en el campo de Cuautlixco, á media legua de Cuautla. Aunque se dificultaba la adquisicion de víveres para la tropa y de forrajes para los caballos, no por esto se atendió solo á proveerse de ellos, sino que se efectuaron varios movimientos sobre la plaza con la caballería, amagándola; pero sin que se empeñase accion ninguna, pues cuando los realistas se acercaban, Morelos hacia retirar á los puntos fortificados las partidas que de ellos habian salido.

1812. El brillante hecho de armas de Morelos  
 Febrero. rechazando el ataque de las fuerzas realistas sobre Cuautla, llenó de entusiasmo á los partidarios que la revolucion tenia en la capital de Nueva España. No dudaban que la fama y glorias de Calleja iban á eclipsarse por completo en la empresa que habia acometido, y que todo su poder y su fuerza se estrellarian contra los muros defendidos por los soldados del caudillo del Sur. El número de canoas que continuamente entraban en Méjico llenas de heridos, y las que salian conduciendo municiones y pertrechos de guerra, les afirmaba en la



opinion que habian formado, y no faltaba quien juzgase que la derrota habia sido completa. Llevada hasta el grado más alto de exageracion la ventaja obtenida por Morelos, muchos jóvenes entusiastas por la causa de la independencia, particularmente abogados, creyeron que habia llegado el momento del triunfo definitivo, y alucinados con la esperanza de ocupar elevados puestos al plantearse el nuevo Gobierno, desaparecieron de la capital en la primera semana de Marzo. Se habian imaginado que la cuestion estaba decidida, y persuadidos de que en breves dias se presentaria Morelos ante las puertas de la capital sin encontrar enemigo que se opusiera á su paso, se apresuraron á reunirse con las primeras fuerzas insurrectas, para recoger el fruto de la victoria y hacer su entrada triunfal en Méjico, sin haber corrido los peligros de la campaña ni las terribles penalidades de ella. Entre los jóvenes que desaparecieron de la capital con el motivo expresado, se encontraban los abogados Reyes, Gimenez y Cuellar, hijo este último del administrador de la Aduana de Méjico D. Benito Cuellar que, aunque español, se dice que tenia simpatías por la causa de la independencia. Igual cosa hicieron D. Manuel Cañedo, teniente del regimiento de la Nueva España, y el sargento de patriotas Vedoya. El primero era hermano del mayorazgo Cañedo, de Guadalajara; pero arrepentido á los pocos dias de lo que habia hecho, se presentó á indulto en Chalco el 27 de Marzo, y fué conducido á la cárcel de corte para tomarle declaracion, y á poco quedó puesto en libertad. Otro de los que fueron á engrosar las filas de los independientes fué un francés que pasaba por sueco, llamado

D. Felipe Lailson, el primero que hizo en Méjico ejercicios de equitacion en un circo construido al lado de la Acordada, y á quien el virey hizo bastantes favores. Pero la desaparicion que mas llamó en esos dias la atencion de la sociedad de Méjico, fué la del canonigo de Guadalupe D. Francisco Lorenzo de Velasco, que fué á unirse á los insurrectos. Era hijo del doctor D. Antonio Francisco de Velasco, presidente de la Junta de seguridad de Guadalajara, celoso realista, y á la sazón intendente interino de la provincia. El joven Velasco recibió su educacion en España, y sus estudios los hizo en la famosa universidad de Alcalá de Henares, en la cual recibió el grado de doctor, obteniendo poco despues una prebenda en la colegiata de Guadalupe. Habiendo marchado á Méjico para servirla, observó en la capital una conducta poco en armonía con su estado, y temiendo que la inquisicion le aprehendiese por algunas proposiciones aventuradas que en sus conversaciones habia dejado deslizar, segun llegó á decirse, se marchó á la revolucion, llevándose el fondo de las medallas y rosarios de la Virgen de Guadalupe, de que estaba encargado. D. Francisco Antonio de Velasco, pesaroso del paso dado por su hijo, dirigió una representacion al virey, lamentando aquel acontecimiento, y haciendo nuevas protestas de su fidelidad al rey y al trono (1). Ninguno, sin embargo, de los que desaparecieron de la capital, trató de pasar á Cuautla, donde estaba el cura Morelos, sino que todos se

(1) Véase esta representacion en la *Gaceta* del 10 de Octubre de 1812, t. III, núm. 299, fol. 1,059.